

Prensa argentina elogia obra de costarricense

● El libro "El Orden" de Argentina, en su edición del lunes 21 de junio de 1971, publicó un amplio y favorable comentario a una obra de un costarricense. Se trata de "La Ciudad y la Sombra" del novelista y poeta Hernán Elizondo Arce.

● El comentario, firmado por Constanzo, tuvo por título "En torno a 'La Ciudad y la Sombra' del costarricense Hernán Elizondo Arce".

● A continuación se reproduce:



Hernán Elizondo Arce

EN TORNO A "LA CIUDAD Y LA SOMBRA" DEL COSTARRICENSE H. ELIZONDO ARCE

"Ciudad-símil. Ciudad-metáfora. Ciudad-tumba. Voy a levantar el mazo destructor que te se pulte, con tu legión de títeres grotescos. San Gabriel, vas a morir. Fuiste un sueño, una ficción, un juego ingenio nada más". Así se cierra la recientísima novela del costarricense Hernán Elizondo Arce, "La Ciudad y la Sombra", claramente impresa en los Talleres Tipográficos de Antonio Lehmann, en la ciudad capital de la bonita nación centroamericana. No es indispensable, pero sí válido, remitirnos a un Rulfo, mexicano; a un Vargas Llosa, peruano; a un Murena, nuestro, con su Caina Muerte a flor de piel, y también recordar a Rómulo Gallegos, el guatemalteco Miguel Angel Asturias, el paraguayo Roa Bastos, al boliviano Alcides Arguedas, a fines de ubicarnos en el tema, en lo que se dice y en lo que se advierte o deduce, compaginado por este experto dilucidador de caminos, en la América del criollo, del indio, del español y el mestizo, del aborigen y el extraño de ojos azules. Ese clamoroso del "viejo bru-

jo de la selva" que se empina en alucinadas presencias de médula agreste: "Sá-yén! ¡Sá-yén!", significa un símbolo, o simboliza el significado de la selva que atónticamente, como un cuerpo de raíces y flores, de sierpes y de indomésticos habitantes de la irracionalidad, verá la aparición de un hombre, como preveniendo el coito de la embriaguez humana con el delirio exasperado de la sombra arbórea que bien podría ser la ciudad verde sobre el camino de la espesura y el primitivismo. De ahí en más, Elizondo Arce, deja que cada personaje nazca con sus vicios y sus virtudes, con sus latrocinios y sus influencias, asomándose a un pueblo que pareciera la reencarnación antibíblica de un demonio de cemento soñado por la madera, de hierro vaticinado por las cuatro estacas sosteniendo la azorada humanidad en un Pablo Laurent, "médico y cirujano" la cuasi espeluznante aparición de Gabriel Arcángel Rojas, generador del mote de "los Cuervos". Podríamos llamarlo el protagonista de esta novela, que tiene también su protagonista en la Aurora raptada, en la mujer que es gliba para la función sexual del sembrador abrupto pero laborioso, del hachador con tumaz que ampliaba el cielo ase-



sinando árboles. Es varadísima la acción de la novela que se irá iluminando de rojas presunciones y prenumbrando en virtuosismos celestiales. No es incongruencia. Es la realidad que se pinta en Ana María Ramírez, la pequeña ensimismada en factores ultradivinos, o ultraespecieciales, y la verdad que refleja e se don Arturo, maestro que pretende encontrarle una solución y opta por echar al viento algu-

na frase insublime, letárgica, desleal con el mismo. Pero, iteramos en ese Arcángel facturado en Gabriel, en "anunciador" de su propio nombre para el pueblo de sombras chinescas y atabismos buceados por fantasmas, el que mejor domiciliará sus formas, sus contornos, sus apariciones; él y Aurora y el padre de ella pretendiendo vengar lo invengable una honra deshonrada, una culpa que al final era producto de la sangre ardiente y la carne lujuriosa. Vienen, en tropel, pero sin esfumarse sus líneas, la Mamá Chola y sus "mestricas", el sacristán Floringo machihembrino mocito que termina trágicamente por contaminación lejana de un desgraciado cariño ausente; Lagartijo, donjuanini zafio pero querendón y entrador como alfiler, en el deseo o la necesidad, o ambas cosas, de algunas doncellas o "no doncellas"; los resquemores y sacudimientos del padre Anselmo, la fugacidad de los milagros que se calculaban más con el peso de la moneda que con la seriedad digna de un pueblo que ostentaba el nombre de San Gabriel, orgulloso de su nave religiosa, pero también de las pupilas femeninas logradas al mejor pagador. Y estaba el farmacéutico que burlando burlando, sale burlado entre las pavesas de su negocio; el "ilustrado profesor", don Matías, y los carruajes funerosos llevándose esas apariciones con huesos de calcomanías, poderes insensatos y espíritus malignizados. Es el orden arrebatado por el desorden, la jungla en llamas y el fuego fatuo, la vanidad y el despropósito la ambición y el sibirismo, como modelando una sociedad de consumos y de barbarie, de grito estentóreo y de ulular de Judas entre una Cruz para el martirio y una tumba para el sol y la noche. Elizondo Arce es descriptivo en su imaginaria no ausente de realísticas pronunciaciones; es látigo y sentido, sus hombres, sus mujeres su letargo y dinámica, nos llenan sin saturarnos. Es la bofetada a un clan de malévolos utopistas, de figuras sinietras, donde asoma una carita de niña abobada pero creída en algo superior sobrenatural, paradisiaco. Una obra que restaña heridas abriendo otras, como si deseara aniquilar al cuervo para insuflar aire de vida a otros muchos cuervos con figura de hombres, de hombres caprichosos, torpes o apenas enseñando, avaros y viciosos insumisos y narcisados para irrumpir en los lupanares y las alcobas disfrazados de seductores de un siglo ya inhumado, pero siempre reverdecido. "La Ciudad y la Sombra", es definitivamente, el ale gato para mirar con menos recelo la pureza para, mejor dicho, encontrarla y amarla aún entre miasmas de una selva transfigurada en pueblo y entre el misterio de un grito indígena, crucial, convertido en la voz humana la misma de Cocteau, pero también la misma del "entartun" de Max Nordau. He aquí una novela que coloca a su autor en la primera fila de los escritores capaces de imprimir velocidad máxima al magín y mover a los actores en un pequeño mundo de desvergüenzas al desnudo y de vergüenzas arropadas.